

Lección No. 14.- El Espíritu inhabita su Iglesia

De todo lo antes dicho podemos hacer un resumen: La Iglesia avanza en la historia, entre las persecuciones del mundo que sólo contempla en ella lo visible, y las consolaciones de Dios invisible, siendo a la vez realidad de salvación, comunidad espiritual de fe, esperanza y caridad, dentro del Misterio; a la vez es instrumento visible de salud: sociedad externa dotada de órganos jerárquicos y de bienes terrenos. En otras palabras, la historia y el Misterio se entretajan para ir produciendo la salvación hasta el fin de los tiempos.

En su dimensión del Misterio, la Iglesia contiene la santidad que es la comunión con Dios que la configura y la hace crecer a través de los tiempos hasta que llegue a su consumación escatológica. ("escatológico" es lo que sucederá al fin de los tiempos).

La palabra "santo" nos da a entender aquello que constituyendo el sumo bien, por su superioridad y su dignidad es separado, secreto, inaccesible, intocable, inviolable, y que por esencia es puro y no se mezcla con lo inferior; firme e indeficiente en su integridad. Hablamos de la esencia de Dios.

Pero, a nivel humano, la palabra "santidad" significa relación con Dios. Su conocimiento proviene de la Revelación del Antiguo Testamento, ya que desde que el hombre experimentó su inevitable limitación y lo breve de su vida, sintió la presencia de ese Dios capaz de dar la vida a seres nuevos, y de rescatar a la criatura de las garras inexorables de la muerte para darle nueva vida en un más allá que satisface las ansias de inmortalidad con que todos venimos a este mundo. Por eso creemos que Dios es:

* Ese "Poder dar nuevas vidas, con Poder dar vida perdurable". A la luz de la fe se presenta como un Ser trascendente, separado y superior, que no admite contacto: "No te acerques aquí; quita las sandalias de tus pies, porque el lugar en que estás es tierra sagrada" (Ex.3,5) dice Dios a Moisés.

* Un Ser superior: "¿Con quién me asemejaréis y seré igualado?, dice el Santo. Alzad a lo alto los ojos y ved: ¿quién ha hecho esto? El que hace salir por orden al ejército celeste, y a cada estrella por su nombre llama. Gracias a su esfuerzo y al vigor de su energía, no falta ni una." (Is.40,25-26).

* Un Ser terrible: "A Yahveh Sebaot, a Ese tened por Santo, sea El vuestro temor y El vuestro miedo." (Is.8,13)

* El Ser que no tiene medida: "Y se gritaban el uno al otro: ¡Santo, Santo, Santo, Yahvé Sebaot: llena está toda la tierra de su gloria!" (Is,6,3)

* El Ser purísimo: "¡Ay de mí, que estoy perdido, pues soy un

hombre de labios impuros, y entre un pueblo de labios impuros habito: que al rey Yahveh sebaot han visto mis ojos! (is.6,5)

* Santo en el misterio admirable, insondable y enceguecedor que es su plenitud desbordante que llena el universo de su gloria, a quien los serafines alaban velando su rostro: "Y se gritaban uno al otro: "Santo, Santo Santo..." que dice Isaías, y que San Juan repite en el Apocalipsis: "Los cuatro Seres tienen cada uno seis alas, están llenos de ojos de todo alrededor y por dentro, y repiten sin descanso día y noche: "Santo, Santo, Santo, Señor Dios Todopoderoso, Aquél que era, que es y que va a venir." (4,8)

La santidad, pues, significa a la vez el Ser de Dios, la comunicación de Dios, y la trascendencia de Dios.

La trascendencia de Dios es la capacidad que Dios tiene de hacer partícipes a sus criaturas de su misma santidad. En otras palabras, los hombres, por la bondad y misericordia de Dios, pueden llegar, en alguna medida, a obtener una semejanza con Dios, ya no sólo por su inteligencia y voluntad, sino también por una capacidad de afinidad al bien divino que llamamos santidad; un enamoramiento del bien que es el Sumo Bien de Dios. Eso es la perfección a la que ha de tender el hombre para asemejarse a su Padre que está en los cielos (Mt.5,48).

Siendo Dios eterno, interviene poderosamente en el tiempo y en la historia, revela sus designios misteriosos y salva a quien le place, realizando su obra según su voluntad, sin que nadie pueda impedirlo, haciéndose reconocer como el Unico: "Y tú, Israel, siervo mío, Jacob, a quien elegí, simiente de mi amigo Abraham; que te así desde los cabos de la tierra, y desde lo más remoto te llamé y te dije: Siervo mío eres tú, te he escogido y no te he rechazado: no temas, que contigo estoy Yo; no receles, que Yo soy tu Dios. Yo te he robustecido y te he ayudado, y te tengo asido con mi diestra justiciera..." (Is.41,8-10)

Y sin embargo, este Yahveh, cuya grandeza en todos los órdenes tiene su mayor manifestación en el Sinaí, es un Dios sumamente dulce, sumamente tierno, extremadamente delicado y bondadoso para aquéllos que le temen, que le aman y se le entregan:

"Gustad y ved qué bueno es Yahveh, dichoso el hombre que se cobija en El. Temed a Yahveh vosotros, santos suyos, que a quienes le temen no les falta nada. Los ricos quedarán pobres y hambrientos, mas los que buscan a Yahveh de ningún bien carecen. Venid, hijos, oídme, el temor de Yahveh voy a enseñaros." (Sal.34, 9-12)

Pues bien, ese Dios Santísimo y Perfectísimo en todos sus atributos ama al hombre, y amándolo, quiere compartir con él bondadosamente su Vida que es la Santidad. Para ello el hombre tendrá que ser justificado después de la caída original. Los judíos defendían la idea de que ellos eran justificados por la Ley, y sólo

14/3 lo por ella. Para San Pablo, en cambio, la Ley es tan sólo el beneficio de la advertencia de una serie de normas morales que el hombre ya trae inscritas en su interior "...ya que nadie será justificado ante El por las obras de la Ley, pues la Ley no da sino el conocimiento del pecado." (Rom.3,20)

Y continúa el Apóstol cuál es la verdadera fuente de toda justificación: "todos pecaron y están privados de la gloria de Dios y SON JUSTIFICADOS POR EL DON DE SU GRACIA en virtud de la redención realizada en Cristo Jesús..." (Rom.3,23)

Sólo la acción de la gracia divina, que Cristo nos consiguiera por medio de su pasión, muerte y resurrección, es capaz de hacer de nosotros un hombre nuevo.

San Pablo presenta la participación en la salvación como una renovación que penetra hasta lo más profundo del ser. El cristiano es un hombre nuevo edificado sobre las ruinas del hombre viejo, del pecador.

Esta participación en la salvación tiene como principio activo en nosotros la crucifixión del "hombre viejo" y la "destrucción del cuerpo de pecado" para llegar a la semejanza de Cristo: "Su muerte fue un morir al pecado, de una vez para siempre; mas su vida, es un vivir para Dios. Así también vosotros, consideraos como muertos al pecado y vivos para Dios en Cristo Jesús." (Rom.6,10-11)

LA SANTIFICACION POR EL BAUTISMO.

En definitiva, el hombre nuevo no es sino Cristo, del que nos revestimos en el Bautismo por una completa sumisión a su influencia: "En efecto, todos los bautizados en Cristo os habéis revestido de Cristo... Y si sois de Cristo, ya sois descendencia de Abraham, herederos según la Promesa." (Gal.3,27 y 29)

Lo viejo pasó ya y se ha hecho lo nuevo. Se ha producido una regeneración, una renovación en el Espíritu Santo, que conduce a la progresiva formación de Cristo en el cristiano por medio de una especie de parto espiritual: "¡Hijos míos!, por quienes sufro de nuevo dolores de parto, hasta ver a Cristo formado en vosotros." (Gal.4,19)

Concretando, el hombre queda justificado por medio de la comunicación totalmente gratuita de la justicia de Dios, que no solamente hace cesar en el alma el estado de pecado, sino que ciertamente la santifica.

LA UNION CON CRISTO POR VIA DE SANTIFICACION.

Por la fe y el Bautismo el cristiano entra en unión íntima y vida sobrenatural con Cristo. Es la unión a que el Padre nos predestinó al crearnos, y aún antes de crearnos: "El os fortalecerá hasta el fin para que seáis irrepreensibles en el "Día" de nues

tro Señor Jesucristo, Pues fiel es Dios, por quien habéis sido llamados a la unión con su Hijo Jesucristo Señor nuestro." (1 Cor.1,8-9). 14/4

¡En Cristo Jesús! Toda la vida cristiana en su aspecto profundísimo consiste en imitar a Cristo, y San Pablo aprovecha cualquier ocasión, aún la del saludo, para recordárnoslo: "Sed mis imitadores, como yo lo soy de Cristo." (1 Cor.11,1)

LA SANTIFICACION ES OBRA COMUN DE CRISTO Y DEL ESPIRITU SANTO.

He aquí cómo las tres Divinas Personas actúan en la santificación del hombre: cuando el cristiano se encuentra libre de pecado, el cristiano está en Cristo gracias a los méritos del mismo Cristo, pero su unión con Cristo se realiza por el don del Espíritu Santo, de lo que resulta la adopción filial del Padre. En otras palabras, los creyentes viven del Espíritu enviado por Jesucristo resucitado y por el Padre que los ha adoptado como hijos enviándoles el don del Espíritu Santo: "Cuando venga El, el Espíritu de la verdad, os guiará hasta la verdad completa; pues no hablará por su cuenta, sino que hablará lo que oiga, y os anunciará lo que ha de venir." (Jn.16,13)

De este modo, es la Santísima Trinidad, inhabitando en nosotros, la que nos comunica la santidad, su vida divina.

LA IGLESIA, PORTADORA DE LA SANTIDAD Y SU REALIZACION.

Una sola es la tarea por Cristo encomendada a su Iglesia: nuestra salvación. Esa es su única misión y todo cuanto la Iglesia, en orden a ese fin realice, es secundario para ella.

Para esto conviene hacer conciencia actual en nosotros de lo que es la Iglesia: somos nosotros, el Pueblo de Dios.

Así, estas dos ideas se resumen en esto: nosotros los cristianos, reunidos en Iglesia, hemos de ser para Dios el instrumento de salvación del mundo según el designio del Padre, el mandamiento último de Cristo y el impulso del Espíritu Santo. No de otra manera habrá de santificarse la humanidad.

Veamos lo que a este respecto nos dice el Concilio Vaticano II en su Constitución "Gaudium et Spes" (Gozo y Esperanza): "El Concilio, testigo y expositor de la fe de todo el Pueblo de Dios congregado por Cristo, no puede dar prueba mayor de solidaridad, respeto y amor a toda la familia humana que la de dialogar con ella acerca de todos estos problemas, aclarárselos a la luz del Evangelio y poner a disposición del género humano el poder salvador que la Iglesia, conducida por el Espíritu Santo, ha recibido de su Fundador. Es la persona del hombre la que hay que salvar. Es la sociedad humana la que hay que renovar." (3)

El mismo sagrado Concilio en su Constitución "Sacrosanctum Concilium" (El Sacrosanto Concilio) nos enseña acerca de cómo ha de ser realizada la obra de la salvación, que se identifica con la



"Habitaré en medio de ellos y andaré entre ellos; yo seré su Dios y ellos serán mi pueblo." (2 Cor, 6, 16) "Mi morada estará junto a ellos, seré su Dios y ellos serán mi pueblo. Y sabrán las naciones que yo soy Yahveh, que santifico a Israel, cuando mi santuario esté en medio de ellos para siempre." (Ez, 37, 27-28). En Pentecostés el Espíritu Santo efectuó la inhabitación de su Pueblo, la Iglesia, el Nuevo Israel, infundiendo en aquella primera Iglesia sus luces, dones y carismas.

actividad esencial de la Iglesia: "Por esta razón, así como Cristo fue enviado por el Padre, El a su vez envió a los Apóstoles, llenos del Espíritu Santo." (6). Es, pues, el Espíritu Santo, el factor de la obra de la Iglesia desde el principio de la existencia de ella y de su actividad apostólica.

Misión del Espíritu Santo: El Decreto "Ad Gentes" (Hacia las naciones) del mismo Vaticano II indica: "Para que esto se realizara plenamente, Cristo envió de parte del Padre al Espíritu Santo, para que llevará a cabo interiormente su obra salvífica e impulsara a la Iglesia a extenderse a sí misma. El Espíritu Santo obraba ya, sin duda, en el mundo antes de que Cristo fuera glorificado. Sin embargo, el día de Pentecostés descendió sobre los discípulos para permanecer con ellos para siempre; la Iglesia se manifestó públicamente ante la multitud; comenzó la difusión del Evangelio por la predicación y fue, por fin, prefigurada la unión de los pueblos en la catolicidad (universalidad de la fe por medio de la Iglesia de la Nueva Alianza, que habla todas las lenguas, y comprende y abraza en la caridad todas las lenguas y supera así la dispersión de Babel."

El Espíritu Santo, pues, inhabita la Iglesia y la santifica: esta santificación, que dentro del Misterio de Dios invisible, tiene una manifestación visible en la unión de todos los pueblos, a los cuales precisamente había dispersado el pecado desde la torre de Babel.

Sigue adelante "Ad Gentes": "El Espíritu Santo 'unifica en la comunión y en el misterio y provee de diversos dones jerárquicos y carismáticos' a toda la Iglesia a través de todos los tiempos, vivificando, a la manera del alma las instituciones eclesíásticas e infundiendo en el corazón de los fieles el espíritu de misión que impulsó a Cristo."

Analizando la obra santificadora del Divino Espíritu en forma esquemática, diremos:

- * El Espíritu Santo obra dentro de la Iglesia al modo del alma:
- * Primero, une lo que se hallaba disperso por el pecado.
- * Segundo, da de este modo sentido de catolicidad (universalidad) a la Iglesia, al congregar a los hombres, sin distinción de nacionalidades, razas ni lenguas.
- * Tercero, unifica en la comunión; ya no tan sólo congrega, sino que hace uno a todos los miembros de la Iglesia: es la "comunión de los santos" en torno a Cristo y cristificados.
- * Cuarto, infunde en los cristificados, a imitación de su Divino Modelo Cristo, el espíritu de servicio por medio de los ministerios.
- * Quinto, del espíritu de servicio se sigue la distinción de ese servicio según sea la jerarquía y los carismas otorgados por el mismo Espíritu.



El 8 de diciembre de 1854 sucedió un hecho sorprendente: se celebraba la fiesta de la Inmaculada Concepción de María Santísima en esa fecha como todos los años. Pero ese año la fecha era especialísima: el Papa Pío IX habría de definir el dogma correspondiente, como efectivamente lo realizó por medio de la Constitución Apostólica "Ineffabilis Deus". Cuentan las crónicas del hecho que, encontrándose la basílica de San Pedro iluminada tanto por la luz solar que normalmente se filtra por los vitrales del sagrado recinto, como por la luz artificial que prestaban aquellos medios de iluminación, hoy débiles para nosotros, en el momento de ponerse de pie y erguirse el Sumo Pontífice para proclamar la Inmaculada Concepción de María Santísima como dogma de fe, obligatorio de ser creído por todos los cristianos, un vivo rayo de luz penetró del exterior e iluminó al Vicario de Jesucristo y sucesor del Príncipe de los Apóstoles. Suceso que fue interpretado como signo sensible de la asistencia del Espíritu Santo y la presencia mística pero real de Cristo de manera permanente en su Iglesia, prometida así: "Y sabed que yo estoy con vosotros todos los días hasta el fin del mundo." (Mt, 28, 20).

A la fe en la asistencia del Divino Espíritu por medio de su inhabitación dentro de la Iglesia se debe la definición del dogma de la Infallibilidad del Papa: "cuando habla *ex-cáthedra*, cumpliendo su cargo de pastor y doctor de todos los cristianos, define por suprema autoridad apostólica que una doctrina sobre la fe y costumbres debe ser sostenida por la Iglesia Universal, por la asistencia divina que le fue prometida al bienaventurado Pedro..." (Concilio Vaticano I, Cap. 4) (1869-1870)

- * Sexto: si Cristo instituyó la Jerarquía en los Apóstoles, es a la influencia del Espíritu Santo a la que se debe que la Jerarquía sea viva y actuante, eficaz e inerrante (libre de error).
- * Séptimo: el impulso misionero de la Iglesia toda, y de cada uno de sus miembros en lo individual, proviene de la acción interior del Espíritu Santo, en la Iglesia toda y en cada uno de sus miembros.

Termina "Ad Gentes" advirtiendo: "A veces también se anticipa (el Espíritu Santo) visiblemente a la acción apostólica, de la misma forma que sin cesar la acompaña y dirige de diversas maneras." (4).

Con estas últimas palabras nos quiere advertir el Vaticano II que debemos estar atentos a la actividad vivificadora y de guía que ejerce el Paráclito, pues en ocasiones, aún antes de que entren en actividad apostólica los miembros de la Iglesia, El adelantándose desciende sobre los hombres y los ilumina, los mueve, los vivifica y así los prepara para su ingreso a la Iglesia. Eso sin menoscabo de seguir guiando directamente a su Iglesia por medio de su acción visible o no sobre los miembros de la Jerarquía. Conviene, tener presente que en el Espíritu no hay contradicción.

RESUMIENDO:

La palabra "santo" corresponde esencialmente a Dios, el Absoluto. La palabra "santo" se aplica a los hombres con limitación, reconociendo que de Dios participa el hombre la santidad.

El Dios Santísimo, Terrible y Omnipotente, sorpresivamente para sus criaturas es dulce, amoroso y tierno a los que le invocan. Siendo la santificación justificación, no es el hombre justificado por la Ley, sino por obra de la gracia.

La santificación nos viene por Jesucristo a impulso del Espíritu Santo como determinación del Padre de salvarnos.

Si atendemos a la acción misteriosa, invisible, del Espíritu Santo, lograremos nuestra santificación.

REFLEXIONES PERSONALES:

¿Soy dócil a la acción del Espíritu Santo?

¿Sé examinar los signos exteriores, y escucha la voz interior, que de continuo pueden mostrarme la voluntad de Dios sobre mí?

¿Estoy atento a las indicaciones de la Jerarquía? ¿CREO firmemente en que el Espíritu Santo dirige a la Autoridad eclesiástica a la que Cristo confirió el Magisterio, la Santificación y el Gobierno de su Iglesia?

¿Cómo respondo a la monición del Divino Espíritu, que me invita de continuo a convertirme en instrumento de salvación?

¿Sé sentir la unidad y la universalidad de la Iglesia, y lo vivo?

RESOLUCION: Espíritu Santo, Señor mío, ayúdame a ser dócil a tus impulsos, decidido a seguirlos, eficaz en su realización.